
y Honegger, darán a los programas de Scherchen el prestigio de una labor ejemplar emprendida por un artista cuya altura es valorizada en el mundo entero como algo sobresaliente.

Divergencias entre un Músico y un «Manager»

Muchos tal vez han podido informarse de los inconvenientes planteados en la «Filarmónica de New York», entre su Director Rodzinsky y su manager, Arthur Juddson y que terminó con la renuncia del primero de éstos. Las divergencias partían de dos concepciones opuestas respecto a la confección de los programas que esta entidad debía presentar en su próxima temporada. Rodzinsky, sin dejar de ser una figura de gran popularidad ante el grueso público, quería, tal vez contraviniendo muchas veces los deseos de éste, enfocar el problema desde un punto de vista de mayor profundidad artística. Juddson, en cambio, conocía mejor el rodaje financiero de la orquesta, sabía de cifras, y con ello sabría a ciencia cierta cuáles eran las obras de mayor éxito de taquilla. Era un «manager» no muy diferente de lo que son todas las personas que se dedican a la administración comercial de las Bellas Artes. En el fondo, éste no es más que un fiel barómetro de los gustos del público, cuyo destino es constatar cuál es la mercadería de mayor demanda. Sus conceptos sobre música cambiarán en la misma medida que cambie la popularidad de ciertas obras en el transcurso de la historia. Mientras mayor sea la voluntad receptiva del público, más amplio será su criterio de selección, y viceversa. No es difícil constatar que la responsabilidad de la vida artística de los pueblos recae en gran parte sobre el público, y directamente en la voluntad e interés que éste preste, para evitar la standarización del repertorio.

La labor de las instituciones artísticas de todo el mundo, se hace cada día más difícil, debido a las restricciones impuestas, por un lado por el «manager» que, fiel a los designios populares y a la defensa obligada de un presupuesto monetario restringido, trata de impedir la difusión de obras desconocidas, y por otro, por la especialización del virtuoso que tiende a crear en el público la costumbre de pedir eternamente las mismas composiciones.

Volviendo al conflicto planteado en el seno de la Filarmónica de Nueva York, no podemos engañarnos que tanto manager como director han llegado por caminos diferentes a ser víctimas de un público cerrado a todo progreso cultural. No debemos olvidar que a tal estado de cosas estaremos expuestos todos, sin distinción de razas ni fronteras, si no provocamos en nosotros esa disposición especial que requieren los temperamentos que se interesan por las bellas artes con horizontes más amplios que los que hasta el momento se dejan ver.

JUAN ORREGO SALAS.